

Encuentros

Densed Again



Capítulo 1

Prólogo

El panorama no ofrecía descanso alguno, y por cada metro que avanzaban, este no mejoraba. Y si esto no fuera poco, para empeorar la situación el cielo no tenía siquiera una miserable nube que cubriese el sol tan solo algunos segundos. En términos breves, estaban destinados a caminar bajo el intenso calor por un desértico paisaje, en el cual solo los réptiles podían sentirse a gusto. Lo positivo de la situación era que por lo menos iban a caballo, un logro que podía atribuirse a Rudabaugh, pues a último momento había decidido entrar al establo y espantar los caballos que poco después encontraron pastando sin ninguna preocupación. Esquivando las balas que llovían desde todos lados la odisea solo le había costado un agujero en el pantalón que, por increíble que fuera, ni siquiera había dejado un rasguño en su piel. Una vez fuera de peligro, sus compañeros le habían alabado durante varios minutos aquella extraordinaria proeza, pero ahora todos viajaban en silencio, exhaustos y con una sed que trataban de alejar de sus mentes aunque cada centímetro del terreno se las recordaba constantemente.

—Podríamos devolvernos y entregarnos— Dijo de pronto Bass, como gustaba que le llamaran aunque nadie sabía su verdadero nombre. Era un tipo bajo y regordete, con una barba de varios días en su rostro y que mostraba una cómica escena allí inclinado sobre el cuello de su caballo, a punto de caer al suelo en cualquier momento.

—¿Estás loco? Estaríamos el resto de nuestra vida en la cárcel—

—Pero al menos estaríamos vivos. En este maldito desierto moriremos de sed—

Nadie contestó ante ese punto. En realidad lo que decía tenía bastante sentido, pero aún yacía la esperanza de encontrar algún lugar que ofreciera una pequeña posa de agua.

—Si seguimos así— Continúo Bass —Tendremos que bebernos nuestra propia orina... y eso si nos alcanza para todos. Estoy seguro que solo tengo polvo allí abajo—

—No digas estupideces—Lo reprendió Hoodoo, un tipo delgado y alto que se mantenía erguido en su caballo, aunque su sombrero inclinado hacia un lado y sus labios partidos demostraban que su estado no era mejor que el de su compañero.

—¿Estupideces? Dentro de unas horas estarás rogando que orine sobre tu

cara—

—¡No seas imbécil!—

—¡Ja! ¿No me crees? ¿Quieres apostar?—

—Basta— Dijo de pronto Horner mientras limpiaba el sudor de su frente con su mano. Estaba tratando de no pensar en un buen trago de agua o licor, pero con aquella conversación era tan difícil como tratar de mantener la esperanza de que en algunos kilómetros más encontrarían un manantial con agua y mujeres desnudas. Arreglando el parche que tenía en su ojo izquierdo, necesario después de un violento enfrentamiento ocurrido hace años donde su contrincante había logrado darle en su ojo con la punta de su navaja, notó que su piel estaba más reseca que nunca y que el sudor parecía cada vez más escaso. Esa no era una buena señal... Y con tal pensamiento vinieron los recuerdos por décimo cuarta vez.

Hacían varios días que habían partido del pueblo de Ostex, y a pesar de ser un pueblo bastante pequeño, su paso por él no había sido el lugar de descanso que habían estado deseando. Fugitivos de la policía por ser bandidos expertos en robar bancos y dejar tras de sí varias muertes, los lugares a los que podían ir sin ser reconocidos cada vez eran menos. Sus dibujos se habían esparcido como plaga por todo el país.

Pero quien iba a pensar que a un pueblo tan alejado, en el cual el tránsito de mercancías y cosas por el estilo era sumamente escaso, hubiesen llegado sus retratos un día antes de su arribo. Era como si el destino mismo les hubiese jugado una mala broma... una mala y cruel broma pues apenas se habían acomodado en el hostel del pueblo, el sheriff con un grupo de hombres entraron por la puerta principal y subieron las escaleras para echarles la mano encima. Por suerte Cole había decidido beber su vaso de whisky en el balcón. Fue él quien los vio apenas subieron el primer escalón. El tiroteo comenzó sin previo aviso para ellos que aún estaban en sus habitaciones, estirando sus contraídos músculos después de tanto montar a caballo. Cole les dio el tiempo necesario para que lograran tomar sus armas pero fue abatido con un certero disparo al cuello, y en cuanto Horner salió de su habitación, lo vio en el suelo desangrándose y dándole una clara mirada de despedida, de tan solo unos segundos, un momento roto por el sonido de una bala rosando su cabeza e incrustándose en el marco de la puerta. Los gritos se propagaron por todo el lugar, y como las escaleras estaban ya repletas de personas, Horner tuvo que correr hacia la ventana que estaba al final del corredor, deseando que afuera hubiese un pequeño techo el cual lo llevara al suelo en una suave caída cuando atravesara el cristal. Así fue, aunque de suave no fue nada ya que el golpe aun lo sentía en las costillas. Cuando logró ponerse de pie, vio que sus demás compañeros habían salido por las ventanas de sus habitaciones y habían corrido su misma suerte. Todos huyeron sin saber hacia dónde dirigirse, disparando hacia atrás sin

siquiera mirar. Otra bala paso cerca de la cabeza de Horner y dio de lleno en la espalda del desdichado Frank, quien iba delante de él sujetándose el sombrero. Ni un grito se escuchó de su parte pues murió al instante, quedando como un bulto en el suelo. Al final, cuando llegaron al límite del pueblo, en un acto de completa locura Rudabaugh se devolvió y entró a un pequeño establo mientras todos le gritaban que corriese. En segundos los caballos salieron espantados con el mismo Rudabaugh detrás de ellos, todo mientras las balas silbaban provenientes de los rifles del grupo que estaba pronto a alcanzarlos. Corrieron como nunca a través del terreno rocoso, sin detenerse unos míseros segundos, hasta que finalmente dejaron atrás a sus perseguidores. Descansaron durante varias horas bajo un atardecer que les brindaba un poco de paz, antes de sentirse totalmente inútiles debido a la falta de casi todo su equipo. Pensaron que las cosas mejorarían cuando encontraron los caballos pastando cerca de ellos, y los cuales ni siquiera huyeron cuando los vieron. Pero tal ilusión se esfumo del todo cuando emprendieron rumbo al siguiente pueblo, aún más lejos, varios días, sin agua bajo un sol que parecía estar vertiéndoles calor a cubetas llenas. En resumen, a pesar de salir con vida frente a aquella extrema situación, el panorama no se veía nada alentador. Quizás, si quizás, Horner comenzaba a envidiar a sus compañeros que habían muerto en la huida.

De pronto una voz sonó a lejos, como si alguien estuviera hablando en un susurro, tan tenue que Horner pensó estar imaginando cosas. No, no lo estaba. Era Rudabaugh que estaba a su lado modulando unas palabras casi irreconocibles.

—¿Qué dijiste?— Le preguntó al reparar que había estado en las nubes durante unos minutos.

—Estoy preguntando si pueden ver un pequeño humo allá delante. No quiero pensar que es una ilusión o algo—

Horner miró detenidamente y aunque durante los primeros segundos creyó que también estaba viendo una ilusión, se percató que el pequeño humo blanco elevándose desde atrás de una gran roca era tan real como la sed que lo carcomía. "¡Por fin!", pensó para sus adentros. Era la esperanza que volvía a ellos. Llenos de júbilo, todos emprendieron galope hacia el lugar, pero casi de inmediato Horner dio la orden de detenerse. Su mente nublada ahora comenzaba a mover los engranajes nuevamente.

—Escuchen. No podemos llegar cabalgando. Quien quiera que sea, o quienes sean, pensarán que venimos de algo raro. Recuerden que nuestros rostros están por todos lados—

Los demás escucharon atentos.

—¿Qué hacemos entonces?—

—Preguntaremos por el pueblo más cercano. Pediremos un poco de agua, y si vemos que no hay muchas armas, robaremos lo que haya. Estén atentos, por si nos encontramos con alguien que quiera hacerse de... justiciero—

Todos asintieron a la vez que emprendían una lenta marcha hacia el lugar. A pocos metros lograron oler unos huevos recién preparados y escuchar a una persona tatarear una canción. Sus estómagos rugieron, pero siguieron concentrados en su actuar. Al dar la vuelta en la roca, encontraron un caballo amarrado a un pequeño arbusto, comiendo un poco de fardo que habían arrojado al suelo. Siguieron avanzando, y tras unos segundos que parecieron horas, lo vieron. Allí, frente a una pequeña fogata rodeada de rocas, estaba un hombre comiendo unos huevos mientras tatareaba alegremente, sin percatarse de los recién llegados. Estaba completamente solo, un alivio que venía muy bien para todos.

Una rápida ojeada a la carga que el hombre tenía detrás de él denotó que este solo contaba con un rifle, unas bolsas de agua que parecían bastante bien provistas y variados utensilios de cocina. Tras unos pasos más, el hombre finalmente dieron los notó.

—Hola amigos ¿Qué hacen por aquí? ¿Vienen desde Ostex?— Dijo el sujeto sin mostrar señal alguna de asustarse. Al contrario, en su rostro se dibujo una amable sonrisa.

Horner se adelantó al resto y, esbozando una sonrisa similar, respondió tranquilamente.

—Algo así. Venimos desde Ostex pero hemos sufrido un pequeño percance. Unos tipos nos han robado todas nuestras cosas hace varias horas. Solo nos quedaron los caballos y las armas que logramos esconder. Si fuera porque tenían prisa, ni siquiera las monturas nos hubieran dejado los malnacidos—

El hombre lo escuchó atentamente mientras meneaba la cabeza en señal de desaprobación.

—Sí, las cosas no están como antes. Antes eran los bancos que sufrían, pero ahora es normal que incluso se lleven las botas de uno sin importar el estado en el que estén. Han tenido suerte— Comentó el hombre mientras dirigía su vista a los huevos.

—Mucha suerte diría yo. Habíamos decidido volver al pueblo pero serian varios días sin agua. Vimos tu fogata desde la distancia y pensamos que

quizás pudieras tener un poco que nos convidaras para el viaje de regreso—

—Claro. Tengo de sobra para mí y mi caballo—Respondió el sujeto sin dudar segundo alguno.

Todo el grupo pareció sorprendido, y no era algo raro. En aquellos parajes tan inhóspitos habían varias leyes no escritas que toda persona dedicada a viajar sola debía saber y llevar a cabo. Una de ellas era no entablar largas conversaciones con extraños. Otra era siempre mantener tus armas cerca. Y una de las últimas, pero no menos importante, nunca compartir tu agua, ni menos dejarla a la vista. A pesar de sonar cruel, los bandidos usaban constantemente la excusa del agua para causar distracción antes de revelarse tal como eran, y como Horner sabía muy bien de aquello, había utilizado la excusa con tal de ver cómo reaccionaba aquel tipo. Era un acto bastante arriesgado, pero sopesado en que tenían ventaja numérica. Aun así, lo raro era que el sujeto pasaba por alto todas las leyes, y aunque era usual encontrar personas que ignoraban algunas, este sencillamente parecía no conocer las más importantes.

Mientras todos se lanzaba miradas furibundas, el sujeto rápidamente se puso de pie, causando que varios llevaran sus manos a los revólveres. Fue un acto reflejo, de personas que siempre han estado en peligro de muerte, cuyo segura de vida y fiel compañero eran sus revólveres. Pero el tipo no pareció intimarse ante esto, de hecho la situación pareció divertirse.

—Veo que han pasado por mucho— Comentó animadamente, mientras tomaba una bolsa de agua que tenía cerca de él.

Para Horner, quien observaba todo tranquilamente pero con una mente fría y calculadora, solo habían bastado esos breves minutos de plática para que una inquietante idea surgiera en su mente.

Siendo fugitivo de la ley durante mucho tiempo, Horner había vivido un sinfín de situaciones que cambiaban de “esto está muy bien” a “esto es un puto caos” de un momento a otro. Varias de aquellas vivencias habían sido por relacionarse con personas en las que había confiado de buenas a primeras, pero que al final demostraron que su amabilidad solo había sido una máscara, una farsa para tratar de llevar su cuerpo al sheriff más cercano y reclamar la maldita recompensa. Errores de novatos que muchas veces se pagan caro. Por suerte, no había sido así para él.

Debido a esto lograba caracterizar de manera casi precisa a todas las personas nuevas que conocía tras intercambiar un par de palabras, todo basado en la actitud que esta adquiría frente a su presencia. Había quienes quedaban perplejos, siendo personas que lo conocían muy bien por los retratos esparcidos en todos los pueblos. Habían otros que se

comportaban amables, pero siempre demostraban desconfianza. Aquellos eran los mejores pues eran personas que no lo conocían y no deseaban establecer relaciones con gente nueva. También estaban los amables que no demostraban desconfianza alguna. Eran las peores, según su juicio, pues casi siempre estos tipos tenían alguna doble intención detrás, como ser caza recompensas esperando la oportunidad para actuar, o alguien que quería pasárselas de listo y robar algo del recién llegado. El tipo que estaba frente a ellos caía, sin ninguna duda alguna, en el último grupo.

Sumado a esto, cuando el sujeto entregó el agua a Rudabaugh, su vista ni siquiera se desvió cuando se cruzó con la de este. Otra señal de un preocupante exceso de confianza.

—¿Te molesta si nos quedamos un rato? Estamos exhaustos— Preguntó Horner mientras sus compañeros lo miraban de reojo. Cambiar los planes siempre era una señal de algo raro, y como Horner mismo decía: si algo te preocupa, solúcionalo cuanto antes. El mensaje era claro para todos.

El hombre, como Horner había pensado, no se inmuto a tal pedido.

—Claro que no. Vamos, acomódense. Tengo comida para todos. Carne seca por montones si gustan—

Todos bajaron de sus caballos dirigiéndose una que otra mirada para darse a entender que había que estar alerta. Cuando se sentaron frente a la fogata, lo suficientemente separados para no ser objetivos fáciles, comenzaron a intercambiarse la bolsa de agua. Simularon beber, y a pesar que el agua tocó sus labios, lograron mantenerse serenos y dar un largo suspiro de satisfacción mientras el agua escurría por sus comisuras. Era bien sabido que existían venenos que no tenían sabor alguno. Aun así, el hombre ni siquiera percató si bebían o no, solo se limitó a tomar algunos huevos desde una pequeña olla que tenía a su lado, y los agrego al sartén.

—Por cierto ¿Cómo te llamas?— Pregunto Horner mientras fingía estar acomodándose en el duro suelo.

—¡Vaya! Pero si no me he presentado— Exclamó el sujeto, ahora sí bastante sorprendido —Me llamo Sam, pero muchos me conocen por Sammy—

Horner asintió. No dudo un segundo en mentir acerca de su nombre, lo mismo que los demás que fueron presentándose con nombres que siempre tenían disponibles en caso de necesidad.

—¿Y qué haces en estos paramos?— Siguió preguntando Horner.

—Estoy de viaje. Soy un aventurero ¿Saben? Me gusta recorrer el país y conocer lugares, o personas con las cual conversar e intercambiar historias. Esas cosas me fascinan. Ahora mismo vengo de Polker. Hermoso pueblo. Mucha gente amable pero bastante rural. No me extraña, pues es uno de los más alejados en el país. Incluso puedes encontrar extranjeros en esa región—

El tipo demostraba una clara emoción al contar sus anécdotas, y mientras dejaba friendo los huevos, sacaba un poco de pan desde una bolsa de cuero.

—¿Les gusta con pan o solo?—

Algunos optaron por el pan mientras otros rechazaron la oferta amablemente. Sam siguió su monologo.

—Viajo a Oster porque quiero aprovisionarme de carne seca. No puedo hacer viajes largos si la carne escasea. Es... como decirlo, una completa falta de juicio para mi viajar sin ella. La considero mi nutrición diaria—

Los demás mantenían fugaces miradas, señas de estar esperando que Horner actuara, pero este se mantenía callado, escuchando atento a lo que decía Sam. Sin embargo, de vez en cuando se rascaba la barba mientras miraba el rifle. Rudabaugh quien estaba más cerca del arma, comprendió al instante.

—¿Y ustedes? ¿A dónde se dirigían?—

—Hacia el norte. Íbamos a virar a mitad de camino para ir a Naxda pero el inconveniente detuvo todos nuestros planes— Respondió Hoodoo.

—Entiendo. Sí, bueno, como dije antes tuvieron mucha suerte que al menos les dejaran los caballos... o los dejaran con vida. Hace poco escuché de un grupo de bandidos que, aparte de dedicarse a los bancos, asesinan a quien encuentran por el camino sin siquiera decir palabra alguna—

—Eso no lo había escuchado— Mintió descaradamente Horner.

Desde hacía tiempo muchas historias estaban circulando sobre su grupo. En la mayoría los describían como asesinos crueles y frívolos, quienes gozaban derramando la sangre inocente. Pero la verdad era que solo habían matado un par de policías en atracos que salieron bastante mal. Eso y algún que otro idiota que había decidido pasarse de listo. Aun así, no era de sorprenderse, pues las historias sobre bandidos siempre se sobre exageraban con el fin de intimidar a la población e incitar que

reportaran cualquier cosa extraña.

—Según escuché, la última vez que los vieron fue por estas regiones. Espero no encontrarme con ellos. Mi deseo es vivir lo suficiente para recorrer el país entero— Dijo Sam mientras estiraba el brazo para ofrecer uno de los trozos de pan a Hoodoo.

Pero entonces Horner asintió a Rudabaugh quien, tan fugaz como un relámpago, saltó de su asiento y tomo el rifle, quitándole el seguro y apuntando con frialdad. Los demás también se pusieron de pie y desenfundaron los revólveres con gran agilidad, dejando a Sam totalmente atónito mientras permanecía con el brazo estirado tratando de entregar el trozo de pan. Era una imagen bastante cómica.

Pero Sam no parecía asustado en absoluto, ni reaccionó ante los rápidos movimientos que sucedieron en torno a él, como si tal cosa fuera su diario vivir.

—Bueno, amigo. Basta de bromas. Ponte de pie y pon las manos en alto— Dijo Hoodoo.

Sam obedeció.

—Supongo que esto no es una mala broma—

—Cómo quisieras—Respondió Bass mientras le quitaba el pan y comenzaba a devorarlo.

—¿Dónde están?— Preguntó Horner.

Sam, que ahora parecía algo desconcertado, miró a los demás antes de responder con una pregunta.

—¿Qué cosa?—

—Lo sabes bien. ¿Dónde tienes los retratos de la recompensas?—

—¿Qué... cosa?— Preguntó tontamente de nuevo. Horner pareció alterarse.

—Ningún hombre viaja solo en estos tiempos, a menos que sea lo bastante codicioso para no querer compartir el dinero de la recompensa. Tú mismo lo has dicho. Los últimos informes daban aviso de nuestra localización en estas regiones. ¿No es algo sospechoso una persona que está completamente sola, y que ni siquiera se inmuta cuando ve llegar a un grupo de extraños, sobre todo alguien que tiene un parche en su

ojo?—

—No sé de qué estás hablando—

— Ruda, revisa las bolsas. De seguro están ahí—

Rudabaugh obedeció de inmediato, pero por mucho que buscó, solo encontró libretas y utensilios de cocina.

—¡Estoy diciéndoles la verdad! Solo soy un aventurero que quiere...—

—¡Cállate! ¿Crees que nos tragamos esa historia? Estoy seguro que eres uno de esos malditos caza recompensas, yendo de un lado a otro tratando de hacerse ricos—

Antes de que el hombre pudiera replicar, Rudabaugh habló.

—No encontré nada. Solo utensilios de cocina y bastante carne seca—

Pero eso no le importó a Horner. La actitud del desconocido calzaba completamente con la actitud de aquellas "ratas", como solía llamarlos, cuando trataban de realizar su trabajo. Muchas veces el caza dejaba ir a su presa, confiada, solo para después seguirla desde lejos y matarla mientras dormía. Incluso envenenaban los alimentos que ofrecían para ahorrarse el trabajo de rebanar cuellos.

—Eso no quiere decir nada—Comento Bass mientras aprobaba el sabor de los huevos.

—Pero si les digo la verdad. No soy más que un simple aventurero—

—Pues estás muy tranquilo para ser "un simple aventurero"— Recalcó Hoodoo —No veo que estés nervioso a pesar de la situación en que te encuentras—

Aquello era verdad. El tipo parecía intimidado, pero por su rostro no resbalaba una mísera gota de sudor. Sus manos no temblaban, y cuando hablaba lo hacía perfectamente, sin palabras cortadas o tartamudeos. Era la confianza que había incomodado a Horner desde el principio. Entonces la actitud del tipo cambio notablemente y la atmosfera se sintió más tensa. Su sonrisa nerviosa se desvaneció y sus ojos abiertos en señal de sorpresa exhibieron una calma evidente, una mirada fría que no contrastaba con su personalidad. Ahora no era un Sam alegre, si no un Sam cansado y aburrido, como quien escucha un sermón desde alguien que odia profundamente.

—Parece que tu verdadera naturaleza ha decidido salir por fin— Dijo

triunfante Horner, pero no recibió respuesta alguna.

—¿Qué hacemos?— Preguntó Hoodoo— De seguro nos seguirá si lo dejamos aquí—

—Podemos llevarnos el agua y dejar que muera de sed—Propuso Bass, al parecer divertido ante la idea de un hombre agonizando por un sorbo de agua.

Pero Horner mantenía la mirada sobre Sam. Parecía que su mente estaba decidiendo, algo que solo tomó unos segundos pues al poco tiempo comenzó un discurso.

—Díganme muchachos. ¿Qué es lo que más odio en este mundo?—

—Eso es fácil— Se adelantó Rudabaugh—Los caza recompensas—

—Así es. Los caza recompensas. Esas sucias ratas que van buscando su fortuna a costa de cazar hombres, utilizando cualquier artimaña que requieran para ello, incluso utilizar familiares para tender asquerosas trampas. “Todo por el bien del objetivo”, como se dicen unos a otros. ¡Y pobre si el objetivo es el más buscado! Peor son las acciones que llevan a cabo. Aun así, nosotros que solo nos dedicamos a robar bancos, somos llamados monstruos por matar miserables policías que tratan de hacerse los héroes. ¿Qué ironía, no? Sucias ratas, asquerosas— El odio se reflejaba en sus ojos mientras subía más y más el revólver. En tanto, Sam no reflejaba expresión alguna.

—No podemos dejarlo vivo— Continuó Horner —Estos bastardos parecen tener la suerte de su lado. He escuchado de tipos que han sido desnudados en pleno desierto, y aun así logran sobrevivir. No amigos míos. Aplicaremos la ley cruda y ruda, no dejar a ninguno de ellos con vida—

Sin una señal de duda, Horner levanto un poco más el revólver y apunto directo a la cabeza. Por un instante pareció ver una leve sonrisa en aquel rostro, tan fugaz como la chispa que salta desde la hoguera. El disparo se escuchó claramente, y pareció retumbar en muros invisibles. Todos vieron como la cabeza de Sam se inclinaba hacia atrás violentamente, mientras el cuerpo se desplomaba. La sangre salpico las piedras, y en cuanto hubo caído al suelo, un charco carmesí comenzó a formarse rápidamente. Nadie pronunció palabra alguna durante unos segundos, hasta que Horner habló.

—Recojan todo y cárguenlo en los caballos. Nos haremos pasar por un grupo de aventureros que andan conociendo los pueblos—

—Una cruel ironía— Bromeó Bass.

—¿Deberíamos enterrar el cuerpo? Si lo encuentran aquí, sabrán que fuimos nosotros—

—Háganlo—Respondió Horner—No quiero más historias de nosotros en este maldito país—

Todos comenzaron a moverse, tan organizados como un grupo de hormigas. Hoodoo y Rudabaugh repartían las cosas de las bolsas para asegurarse de que cada uno contara con equipamiento. Bass arreglaba las mantas que encontraron, cortándolas para simular paños de cabalgadura pues andar a pelo eran bastante sospechosos. En tanto, Horner buscaba en los bolsillos del caído los supuestos retratos. Solo encontró una navaja y una pipa completamente limpia. No quiso dudar de que el tipo decía la verdad, pues su instinto le había dicho a gritos que el maldito era un caza recompensa, y si dudaba de su instinto, ¿En quién podría confiar?

Cuando estuvo todo listo, movieron los caballos hacia el camino y observaron si se veía algo hacia los horizontes. Nada, solo terreno llano sin una pizca de vida.

—Miren lo que encontré para poder cavar la tumba. Es como si el querido Sammy hubiese sabido que iba a morir— Dijo Rudabaugh, mostrando una pequeña pala que había encontrado entre las bolsas.

Pero antes que alguien riera ante el burdo comentario, o que incluso movieran un músculo para comenzar a cavar la tumba, el sonido de unos pasos hizo que cada uno de ellos se volviera rápidamente con los revólveres desenfundados. Pero nadie disparó, o hizo intento de apretar el gatillo, pues lo que vieron los paralizó de miedo como nunca antes.

Allí frente a ellos estaba Sam, a quien Horner había asesinado, de pie y tan vivo como ellos... o al menos así lo parecía. En su rostro aún estaba el agujero que había dejado el disparo, goteando sangre mientras algunos fragmentos de piel colgaban inánimes. Su otro ojo yacía inmóvil y sin brillo, propio de alguien que ha muerto, o que al menos había muerto hacía algunos minutos.

Entonces Sam habló, pero esta vez con una voz ronca y profunda.

—¿Saben? Nadie me había disparado en la cabeza— Dijo mientras palpaba con su mano la herida e introducía los dedos hacia la cavidad, una escena horrible y sádica, tan irreal como el mismo hecho que Sam siguiera vivo —Pero está bien. Es decir, como diría un querido amigo mío: "Siempre hay una primera vez"—

Nadie dijo palabra alguna, no porque no quisieran, más bien porque no podían. Estaban paralizados de asombro.

—¿Qué pasa?¿Nunca habían visto a un muerto?—

Sam no hacía expresión alguna con lo que quedaba de su rostro, solo movía la boca y los labios al hablar. Sin embargo, lo que no decía con los gestos de su rostro, lo decía con el movimiento de sus brazos y manos en una increíble charla no-verbal que Hoodoo seguía con los ojos abiertos de par en par.

—Debo felicitarte. Eres de los pocos que me han disparado con tanta sangre fría como tú lo hiciste. Eres un asesino nato—

El silencio continuo, escuchándose solo el pastar de los caballos que no parecían nada sorprendidos con la situación. Al final, y tras un gran esfuerzo, Horner logró escupir una corta pregunta.

—¿Q-Q-Quién demonios eres tú?—

Sam respondió al instante.

—Fíjate que en eso eres exactamente igual a la gran mayoría. Todos hacen la misma pregunta, aunque en diferentes tonos. Tu suenas más convencido de lo que ves— Dijo mientras apuntaba con su dedo a Horner —Lamentablemente no puedo responder esa pregunta, porque conllevaría mucho tiempo y, seamos sinceros, no lo entenderían del todo. Además, no creo que quieran sentarse a conversar con un sujeto a quien acaban de asesinar... ¿o sí?—

Sam cruzó los brazos y esperó a que respondieran. Nadie lo hizo.

—Vamos muchachos, ¿Dónde está el valor que demostraron antes? ¿Dónde están las bromas? Riámonos juntos ahora, ¿Qué les parece?—

Sam avanzó hacia ellos, pero sin pensar, todos vaciaron sus revólveres en segundos. El cuerpo se sacudió como títere mientras el plomo entraba en el torso, pero a pesar de que todas las balas dieron en el blanco, Sam siguió de pie. Con su mano palpo algunos de los agujeros desde los cuales manaba un poco de sangre, mientras en el lugar solo se escuchaban los inútiles intentos de los percutores tratando de disparar cartuchos que ya no tenían nada.

Tras un largo suspiró, Sam volvió hablar.

—Les digo algo. Estoy cansado de los humanos. Estoy cansado de su mundo egoísta y cruel. Entre ustedes se tratan como basura y se asesinan unos a otros sin piedad. Son por naturaleza bestias estúpidas que nunca

podrán vivir en paz, ni dejen que otros vivan tranquilos—

Ahora el tono de cada palabra era distinto. Estaban cargadas de odio, mucho más odio que Horner había demostrado antes hacia los cazadores recompensados.

—Siempre me he preguntado— Continuó—¿Por qué les dejamos el mundo a ustedes? No se merecen lo que han heredado, y ni siquiera lo cuidan. Son capaces de reducir a la nada misma una montaña entera con tal de encontrar su preciado oro. ¿Cuál es el fin de todo eso? Emborracharse hasta más no poder, para luego volver a buscar otra montaña y matar a quien se cruce en su camino. Pero seguramente ustedes no entienden nada de esto. Son simples bandidos, escoria humana como he escuchado decir en varios lados—

Hubo una pausa en la cual Sam levanto la cabeza, dando otro largo suspiro.

—Estoy harto. Me dan asco. Por mí fuera reduciría cada uno de ustedes a un montón de masa putrefacta sin vida...pero no lo tengo permitido— Dijo mientras se acercaba al grupo del cual ninguno reaccionaba—Pero aquí viene lo bueno. Lo que si tengo permitido es acabar con los gusanos que osan hacerme daño sin provocación alguna—

En su destrozado rostro una gran sonrisa se dibujo, emitiendo un aura de emoción y crueldad. Fue entonces cuando Horner lanzó un golpe hacia el rostro de Sam, totalmente inútil pues fue como golpear el tronco de un árbol. Sus nudillos se hicieron trizas, y mientras lanzaba un alarido sintió un tremendo dolor en el pecho a la vez que veía alejarse el piso cada vez mas. No supo que había caído como un saco de papa hasta que una fuerte y desgarradora tos le hizo escupir sangre. Sintió que su pecho iba a abrirse desde dentro hacia fuera en cualquier momento, mientras sus costillas crujían con cada bocanada de aire. ¿Que había pasado? ¿Había volado por los aires? Se incorporó como pudo, y cuando alzó la mirada, un espectáculo tan espeluznante como increíble estaba ocurriendo frente a él.

Sam se había desvanecido, y en su lugar había aparecido una enorme criatura, más de tres metros de alto, con enormes brazos parecidos a troncos de árboles y de color entre negro, verde y morado. Su torso mostraba una musculatura amorfa, como si estuviese envuelta en una piel membranosa sin una forma definida. Pero lo más llamativo era la cabeza... si es que aquello podría clasificarse como una cabeza, ya que Horner solo veía un enorme hocico que mostraba dos rasgaduras como orificios nasales, junto con unos largos y puntiagudos colmillos que le daban una imagen bestial. En tanto, una larga lengua de serpiente se

meneaba de un lado a otro.

Los caballos huyeron en una ruidosa estampida, dejando a sus jinetes solos con aquel enorme monstruo. Horner vio que Rudabaugh se había caído de culo debido a la impresión, y con torpeza trataba de alejarse de aquella enorme bestia. En tanto los otros dos habían huido, corriendo sobre el escarpado suelo con una agilidad poco propia de ellos. Pero de nada sirvió. En solo dos zancadas, la bestia alcanzó a Bass y lo alzó entre una de sus enormes manos con tal facilidad como si estuviera levantando una pequeña rama. Crujidos y gritos de agonía se escucharon cuando la mano comenzó a cerrar sus dedos sobre la presa capturada, desde quien comenzó a brotar sangre por la boca, ojos y cualquier apertura que este tuviera. El líquido rojo se escurría entre los enormes dedos, y antes de que Bass dejara de gritar, la bestia lo lanzó hacia Hoodoo. El proyectil humano dio de lleno en la espalda del pobre desdichado, quien corría sin siquiera mirar hacia atrás. Una polvareda se levantó a lo lejos mientras la criatura comenzaba a caminar con total tranquilidad. Al llegar donde Hoodoo, espero a que este entrara en pánico y comenzara a gritar antes de levantar una de sus manos y dejarla caer brutalmente. El silencio cayó de inmediato. ¿Que era todo aquello? ¿Una maldita pesadilla? Horner no lograba explicar que estaba sucediendo.

Entonces tocó el turno de Rudabaugh, quien había seguido todo el espectáculo con una expresión de confusión y terror. Horner trató de gritar que corriera, pero solo logró escupir sangre. La bestia se acercó lentamente al aterrado hombre, quien no hizo ningún esfuerzo por alejarse. Solo observó cómo esta levantaba su enorme mano ensangrentada. Otra fuerte vibración que acalló un grito que tardo demasiado en salir.

Cuando la gran mano se levantó, una masa entre roja y rosada mezclada con los colores de la ropa destrozada dio la imagen que antes Horner no había podido ver de Hoodoo... y entonces se dio cuenta que solo quedaba él, el último hombre a quien el miedo había abandonado producto del dolor. Trató de ponerse de pie para recargar su revólver, pero no lo logró. Su pierna izquierda estaba rota, y su muñeca derecha destrozada. Al parecer sus reflejos habían intentado amortiguar la caída. Maldijo por lo bajo, y cuando se dio cuenta, la criatura ya estaba frente a él, contemplándolo a pesar que no tenía ojos visibles y exhalando ruidosamente. Había llegado sin hacer ruido alguno. Trató de retroceder arrastrándose, pero solo logró levantar polvo. Ahora que veía la muerte tan cerca, no paraba de temblar. Y como si todo aquello no fuera suficiente, observó la escena más irreal que incluso hubiese pudiese podido soñar. Desde un pequeño agujero en el pecho de la criatura, que a simple vista pasaba inadvertido, emergió el rostro del hombre a quien antes había disparado pero que ahora yacía con su rostro intacto, aunque sin barba ni cejas. No reflejaba emoción alguna, y aunque miraba fijamente a Horner, pasaron varios segundos sin que dijera palabra

alguna. Finalmente, fue el mismo Horner quien rompió el silencio.

—¿Q...Q...Quién eres?— Preguntó luego de un enorme esfuerzo por modular algo con sentido.

Pero no hubo respuesta. Siguió con la mirada otros largos segundos antes de mostrar la misma sonrisa cruel de antes. Parecía que todo llegaría a su fin pronto pero, sorprendentemente, la criatura dio media vuelta y camino en dirección contraria, alejándose cada vez más hasta que desapareció de vista. Solo, y aún vivo, Horner apoyó su cabeza en el suelo y los temblores comenzaron a abandonarlo lentamente. Alcanzó a dar una fuerte carcajada antes de quedar inconsciente por el dolor. Al cabo de unas horas, una polvareda proveniente de un gran grupo de caballos se logró ver al horizonte.

Capítulo 2

Clasificado 1 — De vuelta.

Solo faltaban cinco minutos para la media noche cuando Carlos cruzó las puertas del "Canazca", el bar más antiguo de la calle Magnolia y que contaba con pocos cambios durante sus largos años de funcionamiento. Al echar un rápido vistazo, notó los clásicos borrachos que podían verse a todas horas, sentados en el mismo lugar como estatuas que solo cambiaban de ropa cada tres días. Pero su interés no estaba en ellos, sino en una melena de color castaño que pudo ver en la última mesa apegada a la muralla, donde la luz parecía llegar con menos intensidad. Tras un largo suspiro, emprendió rumbo hacia allí, no sin antes saludar al tipo de la barra y pedir una cerveza. Camino lentamente, sintiendo como poco a poco la planta de sus zapatos se volvían pegajosos. Era la marca del Canazca, una bienvenida un tanto peculiar.

—¿Debería impresionarme el hecho de encontrarte fácilmente?— Preguntó antes de sentarse, dando una rápida mirada a unas cuantas botellas que yacían amontonadas junto a la muralla. Desde frente, una mujer gruñó sin siquiera levantar la cabeza reposada en los brazos. Al parecer aún estaba despierta, aunque en aquella posición era difícil creerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?—

—No lo sé... Desde que hablé con Samuel— Respondió la mujer, pronunciando cada palabra perfectamente. Al parecer no estaba tan ebria como Carlos pensaba.

—¿Es así? Haber... ¡Son como seis horas! Has batido tu propio record—

—¿Solo seis horas?... Puta madre—

Levemente, la mujer levantó su cabeza y unos ojos verde intensos brillaron ante la tenue luz. Pero su vista no fue hacia Carlos, si no hacia el vaso completamente vacío que aun tenía en su mano. Una maldición casi inaudible salió de sus labios antes de volver a la misma posición de antes. Carlos la observó unos segundos antes de realizar la pregunta que tenía en mente.

—Hable con el jefe y me contó todo ¿Estás segura de lo que haces?—

—¿También vienes con eso? Tuve que hacer callar a Samuel cuando empezó su charla. No quiero tener que hacer lo mismo contigo—

—No vengo a hacerte cambiar de idea, Elena. Solo te estoy preguntando

si estás segura de lo que haces—

En un intento que pareció tan difícil como levantar una pesa de 300 kilos, Elena se incorporó a la vez que se acomodaba en el acolchado asiento. Ya libre, el vaso rodó por la mesa a centímetros del borde, conservándose intacto para una nueva ronda de alcohol. Pero la mirada de Elena no se concentró en el vaso esta vez. Sus ojos miraron fijamente a Carlos, quien mantuvo la mirada sin siquiera pestañar, esperando una respuesta completamente sincera por parte de ella.

—Maldición Carlos. Llevamos trabajando varios años juntos y hemos pasado por todas las situaciones posibles. Pero ya me canse del maldito sistema. Día tras día veo como mis esfuerzos se van al basurero por ineptos que se rascan sus bolas todos los días, sin pensar en quienes están detrás del trabajo que llega a sus oficinas. A veces pienso que si mi antigua yo me viera en estos momentos, me lanzaría unos escupitajos llenos de odio, que por cierto estarían bien merecidos por aguantar tanto tiempo—

Un silencio cayó entre ambos, roto por un suspiro que Carlos hizo antes de hablar.

—Y pensar que ese día no te creí—

De manera fugaz llegó a la memoria de Elena un momento similar en el que estaban ahora, con la diferencia que Carlos también estaba borracho. En aquel entonces, antes de levantarse y dirigirse a su casa, había dicho con toda la seriedad posible "una vez mas y dejo esta mierda" a un compañero que apenas podía mantener un ojo abierto. Carlos la había observado unos breves segundos antes de decir adiós estirándose a lo largo de todo el asiento preparado para dormir. Era evidente que no le había creído.

—Si te consuela, yo tampoco lo creí. Pero la idea ha estado en mi cabeza desde entonces y he analizando cada parte de mi vida. ¿Sabes lo que he logrado en todos estos años? Solo relaciones infructuosas y un humor de perros—

—Solo miras el lado negativo. Además, todos tienen noción de como es este trabajo cuando entraron a...—

—¡Y UNA MIERDA! No digas esa basura a una persona que lleva años trabajando a tu lado. Sabes, veo mi misma expresión todas las mañanas en tu cara. Y no solo en ti, sino también en los nuevos que entran. A los pocos meses puedes ver el asco que llevan dentro. ¡Dios! Debería haber alguien que hiciera un estudio de ello. "Como la vida se jode en unos

meses" sería el título perfecto—

Carlos meneó la cabeza de un lado a otro, pero no objetó lo dicho por Elena.

—Estoy segura que mas de alguno de ellos terminara en este antro de mala muerte. ¡Cielos! Lo siento Roy, pero es la verdad—

A su lado, el hombre calvo que antes estaba en la barra estaba de pie sosteniendo una enorme jarra de cerveza. No pareció ofenderse con el comentario de Elena, más bien sonrió antes de dejar el pedido en la mesa.

—Mi querida, sabes bien que este lugar lo hice a mi gusto. Para mí, eso es todo un elogio—

Elena, asintiendo levemente, sonrió en señal de aprobación.

—¿Ves Carlos? El mundo no está tan mal. Aun hay gente que ama su trabajo— Dijo irónicamente, produciendo una fuerte carcajada por parte de Roy antes de volver a su puesto.

Carlos miró el vaso de Elena, que yacía a un lado esperando la próxima ronda. Comprendió que ya no había mas vueltas que dar al asunto, por lo que dispuso todo su animo a, quizás, la última jornada laboral de su compañera.

—Entonces supongo que esta noche es tu despedida— Comentó mientras tomaba el vaso de Elena aun tibio.

—Veo que has captado la idea—

—Algo bueno que salga de todo el asunto. Duerme un rato que aún nos queda bastante noche antes que termine tu turno—

—¡Ja! Ese es el Carlos que conozco—

Al escuchar un fuerte "salud", Roy comprendió que cerraría muy tarde.

* * *

Como siempre, el despertador comenzó a sonar a las 7 de la mañana. La pequeña mano de Elena salió entre las sabanas y alcanzó el bendito botón que acalló completamente el sonido, aunque no todo sería tan fácil. La

resaca llevo de inmediato para recordarle que la noche había sido un tanto agitada. Pensó en levantarse para ir temprano al trabajo, pero recordó que había renunciado. A menos que algo surgiera, como visitas inesperadas, tenía el día para ella. Se levantó como pudo para llegar a la cocina e ingerir algo de líquido. Noto que estaba completamente desnuda, y temiendo que hubiese llevado a alguien desconocido a su apartamento, miró rápidamente hacia la cama. No había nadie, salvo un gato negro acurrucado en la almohada de su lado.

—Desnuda y con un gato. Jure que no sería como mamá. ¡Si me viera ahora! Como se burlaría— Comentó mientras tomaba un vaso de agua que parecía tener el mejor sabor del mundo. Bebió otro.

Al mirar al suelo vio que se había desvestido mientras caminaba hacia la cama, con su ropa dispersa en el suelo pero formando un claro camino. Recogió las prendas una por una, aguantando las punzadas en el cerebro que se propagaban de un lado a otro, y las lanzó a la cama. Tras eso decidió darse una larga ducha, una manera de aprovechar el estado en que se encontraba.

Los sucesos del día anterior comenzaron a girar en su cabeza, recordando una y otra vez la llamada de su jefe y sus palabras llenas de consuelo. "Elena, tenemos que hablar" había dicho al abrir la puerta de su oficina antes que siquiera Elena se hubiese sentado en su puesto. Cuando notó que nadie volteó a mirar la escena, como siempre ocurría al escuchar el temido "tenemos que hablar", supo de inmediato que no eran buenas noticias. Entro con cierto temor a través de la puerta que tenía esmerilado el nombre "Samuel Wizne" y tomo asiento con toda la lentitud que pudo, aplazando el momento indeseado. Samuel, un tipo moreno, alto y quien gustaba de frotar constantemente su mentón, le miró con seriedad.

"Tenemos un problema". Ahí estaba, había dicho la frase, dejando a un lado los balbuceos torpes que tenían por función hacer más digerible la noticia. Esta vez había ido directamente al meollo del asunto, contando a Elena los problemas que habían surgido.

"No me diga que..." Dijo ella, tratando de recordar cuantas veces habían tenido la misma conversación.

"Si, me temo que si" Respondió Samuel, colocando una expresión de resignación mientras ella se apoyaba en la silla y inclinaba la cabeza hacia atrás.

"¿En cuánto tiempo?" Logró preguntar antes que la frustración la invadiera completamente.

"Unos días".

Luego de eso, y un poco de conversación que no recordaba muy bien pero que no le importaba, se vio de pie en el despacho, tomando su placa y arma, y colocándolas lentamente en el escritorio frente a un sorprendido Samuel, quien no dijo palabra alguna incluso después de oír el "renuncio", pero que alcanzó a Elena en la calle y la invito por un café. Fue inútil. No hubo frase alguna que la convenciera de volver, y ante su infructuoso esfuerzo, no quedo más remedio que desearle lo mejor. Elena por un momento pensó que Samuel la tenía bien estimada, pero el paso ya estaba dado.

Bajo la tibia agua, aquellas imágenes se repetían una y otra vez. Pero la situación parecía afectarle menos de lo supuesto, como si hubiese estado esperando aquel momento durante mucho tiempo. Se acordó de sus compañeros. ¿Qué pensarían? Seguramente todos han deseado renunciar alguna vez pero tienen vidas que cuidar, familias que alimentar. En cambio ella no tenía a nadie, estaba sola, completamente sola. Tan cruda era la realidad que el gato negro que observaba mientras se vestía ni siquiera le pertenecía. Seguramente era de algún descuidado vecino que nunca llegaría a conocer. El astuto animal llegaba por las noches aprovechando que Elena dejaba la ventana abierta de vez en cuando, y sin más preámbulos se acostaba en la almohada sin siquiera hacer notar su presencia sino hasta el otro día.

—Si al menos pudieras hablar— Murmuró Elena mientras se ponía los zapatos. El gato solo se limitó a dar un largo bostezo.

Antes de salir, tomo al animal por los costados y lo dejo fuera de su ventana, donde una escalera de emergencia le permitió bajar hasta la calle y perderse de vista entre la basura del callejón. Ya en la calle notó que reinaba una tranquilidad inquietante e incómoda, pero las personas a su alrededor parecían bastante a gusto con ella. Al principio llamó su atención que le dirigieran cálidas sonrisas, algún que otro buenos días e incluso un "bonita mañana", pero un rápido flash back le recordó que aquello era totalmente natural. La diferencia estaba en que ya no era costumbre para su mente. Después de todo, hacia bastante tiempo que no daba una caminata un sábado por la mañana. El paseo la llevó a observar las vitrinas de los locales con curiosidad. ¿Cuando había sido la última vez que había tenido tiempo para algo así? Muchos de esos ni siquiera los conocía a fondo. Pero con cada paso que daba, se hacía evidente que no estaba hecha para tanta tranquilidad. Constantemente veía su teléfono, un acto casi instintivo producto de decenas de sábados ocupados con nuevos casos. ¿Sería capaz de acostumbrarse a un ritmo normal de vida? O más profundo aún. ¿Qué sería lo normal para ella desde ahora en adelante?. Sentada en un banco, observo el cielo azul e inmenso,

sintiendo una nudo en la garganta.

* * *

Aun no daban las diez de la mañana cuando sonó el celular de Carlos, quien aun yacía dormido y esperando seguir así hasta medio día. Como tenía el mismo tono para alarma y para llamadas, tomo el celular y apretó instintivamente el botón de cancelar. De inmediato el celular calló. Luego, demostrando una gran habilidad, lo lanzó al sillón que tenía en frente donde fue a parar en un cerro de ropa acumulada varios días. Pero en cuanto lo lanzó un pensamiento cruzo por su cabeza. Tenía programada la alarma solo de lunes a viernes. ¿Cómo era posible que sonara ahora? Se levantó con una resaca poco amigable, más de lo normal, y camino al sillón para recoger el aparato. Antes de siquiera tomarlo, volvió a sonar.

—Aló— Trató de pronunciar mientras se lanzaba a la cama nuevamente.

Una voz familiar habló con gran prisa mientras de fondo se escuchaba el susurro de varias personas.

—¿Sue? ¿Qué dices?—

La voz volvió a explicar, pero esta vez con lentitud.

—¿Qué? ¡Joder! Me visto y salgo— Exclamó con resignación, pero antes de colgar escuchó que Sue volvía hablar.

—¿Qué? ¿Cómo? Me estas tomando el pelo... Mierda, espérame unos minutos. Me ducho y salgo—

De un salto, Carlos salió de la cama y cruzo la habitación directamente a la ducha, dando unos cortos zigzag frutos de la resaca. Pero al parecer la última frase de Sue lo había animado de un modo sorpresivo, tanto que ni siquiera notó que había dado el grifo del agua helada. Así volvió al mundo de los vivos, de un manera rápida y certera. Mostrando una habilidad poco creíble para alguien que había despertado hace unos minutos de una gran juerga, se vistió y comenzó a buscar la billetera mientras susurraba para sí mismo "Como me gustaría ver su cara, pero tendré que conformarme con la sorpresa por celular".

* * *

La mañana avanzaba lentamente para Elena quien yacía sentada en una banca del parque Memorial, un lugar bastante extenso y situado a varias cuadras desde su apartamento. Siempre había gustado de ese sitio, pero muy pocas veces se había concentrado en ver qué tipo de personas la frecuentaban. Familias, gente trotando o paseando sus mascotas era algo normal al parecer los sábados. Aquello no le molestaba pero la hacía sentirse excluida, habitante de un mundo extraño que parecía estar recién conociendo. Tal vez ya era suficiente de estar observando, una singularidad que tenía muy latente debido al trabajo, por lo que se levantó para encontrar un lugar donde almorzar. Entonces su celular sonó. El nombre Carlos estaba en la pantalla mientras Elena dudaba si contestar o no. Finalmente lo hizo, recibiendo la tranquila voz de su compañero.

—¿Cómo te va el desempleo?— Preguntó en tono burlón.

Elena tardó en responder, sabiendo de antemano que Carlos tenía pensado irritarla.

—Supongo que mejor de lo que esperaba. Ahora mismo estoy disfrutando de mi primer día libre— Mintió. Logró escuchar una breve risa desde el otro lado.

—Elena, por favor, sabes bien que mentir no es para ti—

Guardo silencio antes de seguir la plática. Siempre había dudado que Carlos fuera una persona normal, un tipo con algún sexto sentido, a quien sus mentiras nunca lograban engañarlo.

—Tal vez no sea así, pero al menos aun no me arrepiento de mi decisión— Mintió nuevamente.

Un silencio cayó entre ambos roto solamente por la casi inaudible estática. El susurro de las personas parecía incrementar, por lo que supuso que Carlos estaba caminando hacia un sitio muy concurrido

—Una consulta breve. ¿ Estoy en lo correcto al suponer que aún tienes en mente a nuestro querido Cristian?—

De forma inconsciente, Elena levantó una ceja.

—Carlos, si me has llamado para hablar de ese maldito déjame decirte que voy a colgar. No estoy de humor para hablar de él—

—Solo quería saber si habías pasado pagina—

—¿Estas... estas queriendo joderme? ¿Cómo voy a olvidar a ese hijo de puta? El solo hecho de recordar el trabajo que nos costó atraparlo me hace querer... y todo para nada. ¡Maldita sea, Carlos! ¿Para eso llamas? ¿Para amargarme el día?—

—No. Digo, Si. Bueno, algo relacionado. Acabo de encontrarme con nuestro querido Cristian en circunstancias bastante extrañas—

La ceja bajo lentamente, pero ahora una presión detrás de los ojos estaba comenzando a aflorar en Elena. Su mano temblaba mientras sostenía el celular.

—Carlos, estas pasando una línea... si sigues...—

—Estoy hablando en serio. Me he encontrado con nuestro querido sospechoso... o mejor dicho, lo que queda de él—

—¿...Qué?—

—Ven a la ubicación que te mandaré y veras que al queridísimo Cristian pareció salirle el tiro por la culata—

* * *

Carlos vio detenerse un taxi a unos metros de donde estaba, pero no le dio importancia. Decenas de taxis se habían detenido en el mismo lugar, dejando a pasajeros que bajaban con una cara de indignación desde el vehículo, pero que tras unos pocos pasos se transformaba en expresión curiosidad al notar los coches patrulla ubicados frente al callejón. La misión de estos era impedir la aglomeración de gente. "Totalmente inútil" pensaba Carlos, teniendo como teoría confirmada por el mismo que la presencia de carros policiales no hacía otra cosa que atraer más curiosos de los que generalmente aparecían. Saco un cigarro para relajarse un poco, pensando cuanto tardaría Elena en llegar allí pero no alcanzo ni siquiera a prenderlo cuando la notó acercándose entre la multitud. Traía las cejas muy juntas, rasgo que podría reflejar un extremo disgusto o una gran curiosidad. Quizás fuera un poco de ambas. Elena nunca gustaba de los curiosos, y si entre ellos se encontraban reporteros, mucho peor. Cuando llegó a las cintas de "no acercarse" dispuestas por los oficiales, para indignación de ella uno de ellos no la dejo pasar. Era evidente que aquello ocurriría desde el hecho que su placa y pistola habían quedado con Cesar al momento de la renuncia. Carlos esperó un momento, disfrutando

del cigarro y preparándose para actuar en cuanto escuchara el grito. Pasaron algunos minutos.

—¡Estoy diciendo que me deje pasar!—

Finalmente la señal. Se dirigió hacia el oficial, a quien pidió disculpas e indico amablemente que la dejara pasar. Cuando Elena estuvo a su lado, su mirada reflejaba una evidente intención asesina.

—Te gusta disfrutar de esto, ¿No?—

—Lo considero parte del trabajo—

—Muy gracioso— Gruñó Elena. De inmediato desvió la mirada hacia el callejo detrás de Carlos. Este sonrió —¿Es ahí?—

—Sígueme—

Ambos caminaron esquivando oficiales que iban y venían con cajas y utensilios típicos de los peritos forenses. Mientras avanzaban, Carlos comenzó la explicación.

—Cerca de las cinco de la mañana llamaron a la central para informar de unos cuerpos desparramados por el suelo. La persona parecía muy alterada pero logró dar la dirección. Cuando la patrulla llegó, acordonaron el lugar de inmediato al ver el caos en que estaba todo—

—¿Como el caos?—

—Veras. Este no es un suceso normal que digamos. De hecho, la gran mayoría nos sorprendimos cuando llegamos al sitio pero no te adelantare nada. Puedes verlo tú misma—

Entraron al callejón. Avanzaron hacia donde estaban varias personas sacando fotografías. Una escena típica, pensó Elena, pero pronto se daría cuenta que no era así. Carlos le indicó que siguiera caminando mientras terminaba de fumarse el cigarro, que encontraría todo después de pasar el contenedor de basura que estaba atravesado y bloqueaba parte del callejón. Y así fue. Frente a ella se abrió una imagen del caos mismo, un sitio que estaba hecho un desastre. Al instante su vista se deleitó con detalles. Sus ojos recorrieron rápidamente cada rincón, cada objeto y cada mancha, comenzando a mover los engranajes de su cerebro que buscaba hacer calzar todo lo que llegaba como información visual. Lo primero que notó fue la gran cantidad de casquillos repartidos por el suelo. Habían disparado una decena de veces, aunque era difícil estimar el número preciso debido al charco de sangre que se había formado. En realidad, era un enorme charco, algo fuera de lo común. Sorprendida miró hacia un lado, encontrándose el cuerpo de un sujeto robusto, sentado y

apoyado contra la pared pero totalmente destrozado, como si un camión lo hubiese impactado. Su cara estaba desfigurada. Más allá, otros dos yacían en el suelo, también aplastados pero en posiciones sumamente extrañas. Era notorio que tenían todos su huesos rotos. Pero el más sorprendente el que estaba en medio del charco, o mejor dicho lo que quedaba de él. Elena solo vio un par de piernas pegadas a una cintura que carecía de torso. La otra parte, al parecer, yacía al final del callejón donde habían mas tipos sacando fotos.

—Nuestro amigo es este— Dijo Carlos de repente, señalando las piernas que yacían en el suelo. Se había acercado lentamente, dejando a Elena admirar toda la escena —La otra mitad esta allá. Lo reconocieron por los tatuajes en los brazos y los dientes de oro. Lo demás... bueno, creo que me entiendes—

Elena asintió, asombrada por la situación. Un momento de silencio cayó entre ambos.

—¿Qué crees?— Pregunto finalmente Carlos, yendo directo al grano.

Pero Elena no respondió de inmediato. Siguió observando durante un breve momento, como si estuviera ordenando las ideas, esperando a que los engranajes hicieran lo suyo.

—Si tuviera que decir algo— Dijo tras unos largos minutos —Creo que estos tipos tenían la intención de dar un castigo—

Carlos asintió levemente, señalando que continuara.

—En el suelo hay un montón de casquillos, y los cuerpos aun sujetan sus armas. El querido Cristian también debió tener la suya, pero ni idea de donde pueda estar— Elena dio unos pasos observando el suelo, mientras Carlos la seguía con la mirada —Este escenario es clásico de un castigo de la mafia. Un grupo de individuos llegan a un sitio ocultado de cámaras, y todo ocurre en el lado de la ciudad donde los disparos no son nada raro. Un aviso para los traidores, pero que no salió como pensaban—

—Gajes del oficio. Aun así, no me explico cómo terminaron así. ¿Habías visto algo parecido?—

—Nunca— Respondió Elena casi de inmediato —Esta forma de asesinar. Es muy... extraña. Fuera de lugar en todo sentido. Digo, ¿Quién podría hacer algo así?—

—Pensé lo mismo cuando llegue aquí. Estos tipos dispararon varias veces pero ninguno de ellos tiene un solo proyectil alojado en su cuerpo. Tampoco hay desdichado aparte de ellos o impactos en las paredes. ¿Dispararon al cielo mientras los asesinaban? No me cuadra en absoluto—

—Tampoco hay rastro de maquinaria pesada o algo similar. ¿Como los aplastaron? No es fácil quebrarle los huesos a un tipo, aun si este está muerto ¿O como despedazaron a Cristian? ¿Cuál es la finalidad?—

Carlos no supo responder. Solo se limitó a dar una fuerte jalada y mirar a Elena mientras botaba el humo por la nariz.

—¿Qué piensas hacer?— Preguntó de pronto.

—¿De qué hablas?—

—Quiero decir, ya no eres detective—

El mundo boca arriba. En el rostro de Elena, el cortocircuito se hizo evidente. Sorprendida por la extraña escena, había olvidado su abrupta renuncia del día anterior. Miró a Carlos unos segundos, sabiendo de antemano que mientras sus engranajes neuronales habían estado girando para encontrar sentido a todo el panorama, estos mismos habían optado por un camino. Su larga cabellera ondeo al viento cuando salió disparada hacia la calle sin siquiera decir palabra alguna.

—¡He! ¡¿Dónde vas?!— Alcanzó a gritar Carlos antes de que se perdiera entre la multitud.

—¡A recuperar mi placa!—

* * *

Samuel estaba rellenando un informe eterno que llevaba haciendo desde la semana anterior. Tenía una montaña de papeles, y eso que se esforzaba por evitar la acumulación de trabajo. Pero era imposible. Samuel lo comparaba a cuando corría los 25 kilómetros. Siempre empezaba con buen ritmo, y a medida que el tiempo pasaba y las cuestas se acumulaban en el cuerpo, comenzaba a mirar hacia atrás tratando de ver la expresión de los más jóvenes. Si no sonreían de vez en cuando, estaba muy bien. Pero si lo hacían muy a menudo, tenía que acelerar porque en algún momento crítico sería sobrepasado. Así era con el monstruo del papeleo, con la diferencia que este siempre estaba sonriendo, esperando el momento crítico para sobrepasarlo y dejar tras de sí montañas interminables de trabajo que costarían algunos fin de semanas. Por su mente no había pasado ningún pensamiento relacionado a Elena hasta que ella entro por su puerta sin siquiera golpear, tan

exhausta que tuvo que esperar algunos segundos para poder hablar. Sorprendido, ni siquiera se dio cuenta que mantenía la tecla "A" apretada.

—¿Ya lo hizo?— Fue la pregunta que salió de Elena cuando consiguió el oxígeno necesario para hablar.

—Ah... Mmm... ¿Que?—

—Si acaso ya lo hizo—

—Ah... Mmm... ¿Qué?— Repitió tontamente Samuel. Era evidente que no entendía que rayos estaba pasando.

—Si acaso ya relleno la solicitud de mi renuncia—

La sorpresa desapareció y los recuerdos del día anterior llegaron raudales. ¿Cómo había olvidado todo lo sucedido? Al parecer el papeleo estaba costando mas neuronas de lo que él pensaba.

—No Elena, aun no lo hago. Si la necesitas tendrás que...—

Samuel no alcanzo a pronunciar la palabra "esperar" cuando Elena rápidamente rodeo el escritorio y le dio un gran apretón de manos a la vez que le daba las gracias. Luego tomó su placa y su pistola, que estaban en el estante marcado con "tareas pendientes", y se dirigió hacia la puerta, no sin antes voltearse y decir: "Quiero el caso del callejón. Gracias por todo, jefe".

Y así desapareció, tan rápido como había llegado. Samuel, con una cara de desconcierto, maldijo por la bajo cuando notó que las letras "A" ya llenaban casi diez páginas.

* * *

Carlos ya estaba dispuesto a marcharse cuando Elena apareció nuevamente entre la multitud. Ahora otro oficial fue quien la intercepto pero rápidamente la dejo pasar al ver su placa. En sus ojos había vida nueva, y su cara reflejaba una emoción que Carlos no podía explicar. Sinceramente pensó que cuando Elena recuperara su trabajo, que el estimaba seria en varias semanas, no unas cuantas horas, eso la emocionaría. Pero aquella sonrisa... no era solo emoción, sino un

rompecabezas mas difícil que el caso que tenía entre manos.

—¿Donde crees que vas?— Preguntó ella mientras pasaba por su lado.

—A mi...— Alcanzó a responder antes que Elena agarrase su brazo y lo llevara de nuevo al callejón.

—Tenemos trabajo que hacer—

Carlos respiró hondo.

—Pensé que tu renuncia seria un poco más prolongada— Comentó mientras seguía a su compañera.

—Eso no va conmigo—

Carlos medito aquella respuesta. Al parecer estaba de un magnífico humor, y eso no podía significar otra cosa más que "mucho trabajo". De inmediato la resaca volvió a su cabeza.